



Ocho apuntes sobre Jeffrey Dahmer, el carnicero de Milwaukee

Jeffrey L. Dahmer fue detenido por la policía en julio de 1991 y confesó haber abusado sexualmente, matado y descuartizado a diecisiete hombres, por lo que fue apodado «el carnicero de Milwaukee». Además, reconoció haber realizado diversas prácticas caníbales y necrófilas con los cuerpos. Fue condenado a novecientos treinta y seis años de prisión de los que apenas cumplió un par puesto que fue asesinado en la cárcel por otro preso.



*Jeffrey Dahmer durante su primera comparecencia ante el tribunal.
Fotografía: Cordon Press*

1. «Mi infancia no fue una tragedia griega»



Nada más empezar se desmorona todo el psicoanálisis convencional: Dahmer declaró en numerosas ocasiones que durante su infancia no hubo sucesos especialmente llamativos o fuera de lo común que justificaran sus acciones futuras; ni sufrió maltratos físicos ni abusos sexuales.

Si los vemos por separado, que fuera un chico solitario criado en una familia de clase media, que le gustara diseccionar animales muertos «para ver cómo eran por dentro» o que sus padres discutieran con frecuencia (y que acabaran divorciándose cuando Dahmer tenía dieciocho años), no parecen motivos suficientes para justificar un despertar homicida. Tal vez lo más llamativo fuera su interés por los órganos internos y los huesos (metía animales muertos en ácido para obtener los esqueletos, que luego guardaba en formol) si bien grandes cirujanos también comenzaron así. Es más, cualquiera que se haya criado en un pueblo recordará la existencia de algún pequeño sádico en su barrio que lo más naif que hacía era arrancar con fruición el rabo a las lagartijas.

Eso sí, en Bath (Ohio), el pueblo donde vivió su juventud, la homosexualidad era el máximo tabú (como en tantos otros lugares a mediados de los setenta, por otra parte). Dahmer se sintió desamparado cuando empezó a despertarse en su interior una inclinación sexual hacia los hombres ya que no conocía a nadie gay, pero también porque, en sus fantasías, sus amantes estaban inmóviles, inconscientes... muertos. Sabía que eso no era normal y le aterrizzaba, por lo que intentaba embotar sus pensamientos con alcohol. Empezó a beber en grandes cantidades en el instituto y sus borracheras fueron el motivo de su expulsión de la universidad y del ejército, donde se alistó por indicación de su padre. Pero sus impulsos eran demasiado fuertes como para adormecerlos con cerveza y ron o para engañarlos con sustitutos de cuerpos humanos inertes como un maniquí, que escondía en el armario durante la temporada que vivió con su abuela.



Ocho apuntes sobre Jeffrey Dahmer, el carnicero de Milwaukee



*Dahmer completamente borracho en su catre del ejército.
Fotografía: Corbis*

Capturar vivo a un depredador así causó conmoción en el mundillo de psicólogos y psiquiatras. No eran pocos los que veían al carnicero de Milwaukee como un objeto de estudio que podría confirmar las teorías que manejaban de antemano. El psicólogo forense, por ejemplo, en sus sesiones con Dahmer, se empeñaba en que este reconociera que mataba a los que él consideraba *malos* para librar al mundo de su presencia. Y no era así. Dahmer se reafirmaba: no sentía una especial ira, ni culpaba a sus padres o a la sociedad y no sabía



de dónde le habían surgido sus macabras fantasías que le impulsaron a matar; de hecho, durante muchos años pensó que jamás las haría realidad. Desgraciadamente, se equivocaba.

2. Los crímenes

(Nota: los que tengan el estómago sensible pasen al siguiente apartado pues este podría herir su sensibilidad).

La gran fantasía de Dahmer, recurrente desde su despertar sexual adolescente, era disponer de un amante sobre el que ejercer «control total» y tenerlo a su lado tanto tiempo como fuera posible. Pero era incapaz de conseguirlo de manera consensuada, así que su procedimiento estándar —o como él lo denominaba, «su plan»— consistía en captar a un hombre, llevárselo a casa, drogarlo para que perdiera el conocimiento, matarlo, tener relaciones sexuales con el cadáver y ya, en ocasiones, comer partes de su cuerpo o guardar trofeos con los que excitarse. Además, solía hacer fotografías de todo el proceso: la policía encontró en su apartamento ochenta y tres *polaroids* con distintas fases del proceso de descuartizado.

Sus dos primeros asesinatos ocurrieron sin planearlo. El primero, con dieciocho años, tuvo lugar cuando su madre le dejó solo en casa durante semanas (su padre vivía ya en un motel y no se enteró hasta más tarde de la marcha materna) y supuso la materialización de otra fantasía: recoger un autoestopista y ejercer *control total* sobre él. Así, se llevó a casa a un atractivo autoestopista y compartieron porros y alcohol, hasta que quiso marcharse y Dahmer lo impidió matándole con una barra de hacer pesas. La segunda vez, ocho años después, ocurrió sin proponérselo puesto que se llevó a un amante a una habitación de hotel y por la mañana se lo encontró muerto a su lado. Ya sea por el exceso de alcohol o por un estado disociativo, Dahmer no era consciente de haberlo asesinado aunque era evidente su autoría porque estaban juntos en la cama y tenía heridas defensivas en sus brazos. En adelante, cada vez cedió con más frecuencia a sus impulsos: cometió otros dos crímenes en 1988, uno en 1989, cuatro en 1990 y ocho en 1991, hasta que fue detenido en julio.



En paralelo a sus matanzas, con el fin de prolongar sus estimulantes sensaciones, buscaba nuevas experiencias. Por un lado, guardaba trofeos como calaveras u órganos con los que después masturbarse y recordar a sus amantes, e incluso comer algunos trozos «para que formaran parte de él». En su detallada confesión que duró seis semanas y ocupó ciento cincuenta y nueve páginas, incluso comentaba la textura y consistencia de las distintas partes que comía; por ejemplo, un muslo le resultó excesivamente duro, y tuvo que comprar un ablandador de carne para hacer masticable la carne de unos bíceps. Por otro lado, experimentó con trepanaciones vertiendo directamente en el cerebro ácido o agua hirviendo para convertir a sus víctimas en zombis, cuerpos sin voluntad, buscando materializar su fantasía del control total (huelga decir que no consiguió nada). En su espiral de asesinatos pareja a su pérdida de contacto con la realidad, Dahmer proyectaba construir en su apartamento un *centro de poder*, con dos esqueletos completos y varias calaveras, a través del cual acceder a un nuevo nivel de percepción. Según contaba, estaba solo a seis meses de materializarlo cuando la policía le detuvo. Cuesta imaginar el impacto que supuso para los agentes que registraron por primera vez el apartamento lo que allí encontraron: cabezas en el frigorífico, órganos en el congelador, calaveras y huesos en los armarios, sangre por las paredes y un bidón de doscientos quince litros con ácido y tres torsos humanos en descomposición. Obviando las fotografías más escabrosas de la escena del crimen (que quien tenga curiosidad tiene a su alcance con una búsqueda en Google), una imagen especialmente perturbadora es la de dos agentes, con atuendo y cuidados similares a los que tendrían manejando residuos nucleares, sacando del apartamento de Dahmer ese bidón.

El descubrimiento de los horrores del apartamento de Dahmer produjo conmoción. No se trataba de un caso que había aterrorizado a la ciudad con un reguero de cadáveres por las esquinas como Jack el Destripador, con el que frecuentemente se le compara. Lo más inquietante era que se habían producido todos esos perturbadores crímenes en el más absoluto anonimato e indiferencia popular. La sensación era que nadie había echado en falta a sus diecisiete víctimas mortales y no se había establecido ningún vínculo entre ellas que pudiera llevar hasta Dahmer.



3. La policía falló más que una escopeta de feria

Dahmer pudo ser detenido en numerosas ocasiones pero la poca pericia de la policía le permitió continuar con sus orgías necrófilas. Por ejemplo, tras matar y descuartizar a su primera víctima, se dispuso a llevar los restos, que metió en tres bolsas grandes de basura, a un vertedero. Pero por el camino le pararon dos coches de policía porque iba pisando la raya continua. En una situación de máxima tensión para Dahmer, fue capaz de mantener la calma y a la pregunta de qué llevaba en las bolsas pudo convencerlos de que iba a tirar la basura. Pero ojo: todo esto sucedió a las tres de la mañana y desprendiendo el coche un olor nauseabundo a cadáver en descomposición.

En otra ocasión, Dahmer, siguiendo su *plan* habitual, drogó a una de sus víctimas (Konerak Sinthasomphone) y abusó sexualmente de ella mientras estaba inconsciente, tras lo cual le entraron ganas de bajar al bar a tomar una cerveza. Mientras estaba bebiendo, Sinthasomphone volvió en sí y escapó de la casa, muy aturdido por los somníferos, el alcohol... y la trepanación, ya que Dahmer le había hecho un agujero en la cabeza con un taladro y había vertido ácido directamente a su cerebro. A las dos de la mañana, al salir del bar, se encontró a Sinthasomphone sentado desnudo en la acera rodeado de policías, que se interesaban por su estado. Dahmer los convenció de que se trataba de su amante, que estaba borracho, y que ya se ocupaba de él. Los propios agentes le ayudaron a meterlo en su apartamento puesto que Sinthasomphone, que apenas podía articular palabra en inglés, aún tenía suficiente voluntad como para no querer volver allí. Los policías echaron un vistazo superficial y cuando vieron fotografías de ambos tonteando antes de que Dahmer lo drogara, creyeron su versión. Si hubieran prestado más atención al repugnante hedor del apartamento (del que dejaron constancia en el informe) o, simplemente, hubieran entrado al dormitorio donde había un cadáver tumbado en la cama, Dahmer habría ido a la cárcel en ese mismo momento. Por el contrario, se marcharon dejando a Sinthasomphone a merced de su verdugo, que lo estranguló pocos minutos después. El desgraciado Konerak, de origen laosiano, tenía en aquel momento catorce años (Dahmer declaró posteriormente que pensaba que era mayor de edad) y se da la casualidad de que era hermano de Keison



Ocho apuntes sobre Jeffrey Dahmer, el carnicero de Milwaukee

Sinthatomphone, del que tres años atrás también abusó Dahmer. Keison denunció los hechos tras escapar corriendo del apartamento cuando Jeff comenzó a tocarle. Dahmer fue condenado a un año de prisión por abuso sexual a un menor (Keison tenía trece años!), que cumplió en régimen semiabierto. Una vez más, Dahmer no fue investigado a fondo y mientras estaba a la espera de condena, en libertad bajo fianza, mató a otro hombre.

La inoperancia de la policía ya entra en el campo de la caricatura cuando el administrador de los apartamentos donde vivía Dahmer requirió la presencia de las fuerzas de orden público por el espantoso olor que había en la escalera. La policía, tras llamar a la puerta y no obtener respuesta, la echó abajo... Lástima que entraran en un apartamento contiguo al de Jeffrey que, como sospecharán, era de donde provenía el hedor a putrefacción. Obviamente, no encontraron nada en casa del vecino.

Otro par de víctimas potenciales pudieron escapar de las garras de Dahmer cuando ya estaban en su casa pero, sorprendentemente, en ambos casos la policía no prestó interés a las denuncias, incluso cuando una de ellas dio la dirección de su apartamento y el nombre (Jeff) de su agresor. Con estos antecedentes no es difícil entender que Dahmer fuera relativamente condescendiente con las fugas de sus presas ya que estaba visto que las denuncias no eran tenidas muy en cuenta por la policía. Hasta que en julio de 1991 Tracy Edwards consiguió escapar del apartamento esposado y parar a una patrulla de policía en las inmediaciones. Esta vez, cuando entraron en la vivienda de Dahmer, descubrieron las fotografías y los restos humanos de once personas diferentes. Jeffrey Dahmer, de treinta y un años, fue detenido por fin.



Ficha policial de Jeffrey Dahmer.
Fotografía: Corbis

4. El humor negro es como las piernas

(Nota: los que aún están enfrascados en el cansino debate sobre los límites del humor pasen al siguiente apartado, pues este podría herir su sensibilidad).

En su época de estudiante, Dahmer se hizo bastante famoso en su instituto por sus logradas imitaciones de retrasados mentales y enfermos de parálisis cerebral. Incluso cobró entradas para presenciar su denominada «Actuación Histórica», que consistió en pasar la tarde en un



centro comercial haciendo literalmente el subnormal y escandalizando a la gente. Y creó tendencia: entre sus compañeros de curso eran frecuentes los *dahmerismos* dentro de sus bromas privadas.

Durante su época sanguinaria, una vez se equivocó de copa y se bebió la que tenía disueltos los somníferos. Cuando despertó, descubrió que le habían robado todo su dinero. Y en otra ocasión, él fue la víctima: lo drogaron y, cuando volvió en sí, estaba atado y tenía una vela metida por el culo. Reminiscencias kármicas, al parecer.

Ya en la cárcel, continuó mostrando destellos de un humor difícil de clasificar, advirtiendo a sus carceleros de que tuvieran cuidado con él puesto que mordía, o publicando un anuncio en el boletín de la prisión para crear un grupo de caníbales anónimos. Por cierto, no hay evidencias de que se influyeran mutuamente Dahmer y Hannibal Lecter. Las novelas en las que Lecter apareció en aquel tiempo (*El dragón rojo* —1981— y *El silencio de los corderos* —1988—) fueron anteriores a que Jeff se aficionara a la antropofagia, pero no influyeron en su comportamiento. Y la versión cinematográfica de esta última se estrenó pocos meses antes del arresto de Dahmer. Resulta casi cómico que, en marzo de 1992, ocho meses después de la detallada y mediática confesión de Dahmer, a la entrada de la ceremonia de entrega de los Óscars, un grupo de activistas homosexuales denominado Queer Nation se manifestaran contra Jonathan Demme, el director de *El silencio de los corderos*, porque a su entender en el film daban una imagen distorsionada de los gais con el personaje de Buffalo Bill. Vamos, venían a decir que rodar una película donde había un psicópata homosexual era atacar a la comunidad gay. Y como se suele decir, resulta que la realidad superaba a la ficción.

Por otro lado, el impacto mediático que tuvo Dahmer derivó en los consabidos chistes políticamente incorrectos, como por aquí tuvimos ocasión de comprobar con ocasión de atentados terroristas o riadas. No obstante, con alguno es inevitable sonreír; por ejemplo: ¿Qué le dijo Jeffrey Dahmer a Lorena Bobbit? (*)



5. Nunca sospechamos nada, siempre saludaba al tirar la basura

Callado y algo tímido, Dahmer era un hombre muy educado, que hablaba con calma y hacía gala de un raro carisma. Tenía un aspecto físico bastante atractivo (alto, rubio, ojos azules, en buena forma) aunque tenía una forma de andar extraña con los brazos pegados al cuerpo que se acentuaba por sus hombros caídos y echados hacia delante. No es de extrañar que quienes se guían con el dicho «la cara es el espejo del alma» se llevaran un chasco mayúsculo cuando salieron a la luz sus atrocidades. Y es que, seamos sinceros, si llaman al timbre y por la mirilla ven a Charles Manson con su mirada demente y una cruz gamada tatuada en la frente, seguro que no le abrirían la puerta. En el colmo de los colmos, los mismos vecinos que no sospechaban del majo de Jeffrey pensaban que este estaba cocinando callos cuando hervía los restos humanos para separar la carne de los huesos.

No obstante, varias mujeres se ofrecieron a Dahmer en matrimonio ante la imagen atractiva y angelical que mostró en sus comparecencias ante el tribunal. En un más difícil todavía del *nadie es perfecto*, no solo les daba igual que fuera homosexual, sino que también obviaban que era asesino, caníbal y necrófilo confeso. El amor es ciego. Y ese chico tan fotogénico, que a algunos les recuerda a la expareja de una famosa bióloga española que apareció en un capítulo del *Equipo A*, tuvo la frialdad de presentarse en su primera comparecencia ante el juez vistiendo la camisa de una de sus víctimas.

6. Cuidado: era fan de *Star Wars*

Tras la masacre de Columbine en 1999, donde un par de chavales entraron en su instituto portando varias de armas de fuego y disparando a discreción con el resultado de quince muertos, hubo quien culpó de estos actos a la música *satánica* que escuchaban, en especial Marilyn Manson. Pues qué dirían esos analistas de lo siguiente: Dahmer nunca ocultó su pasión por *Star Wars* y en especial le resultaba fascinante el personaje del emperador Palpatine, que encarnaba a la perfección su fantasía de poseer control absoluto (hasta se compró unas lentillas amarillas parecidas a las que llevaba en las películas). Y en el



delirante *centro de poder* que proyectaba, las lámparas de globos azules que lo iluminarían tenían que dotar al ambiente de «una atmósfera misteriosa y oscura (...) como en las películas del jedi».

Supongo que todos coincidiremos en que alguien que idolatra la trilogía más reciente (del episodio I al III) no debe de ser trigo limpio. Pero que un enamorado de la trilogía original (del episodio IV al VI) sea un depravado asesino lo deja a uno intranquilo puesto que despierta la sospecha de que cualquiera que tenga de avatar a Darth Vader o Han Solo podría ser un necrófilo antropófago. Se le ponen a uno los pelos de punta. La vida era mucho más fácil cuando nos convencían de que los homicidas jugaban al rol o eran adictos a los videojuegos, o tenían un conflicto familiar por unas fincas o el honor ultrajado de una hermana.

7. Enajenado o no enajenado, esa es la cuestión

Ya sea porque por fin podía abandonar la doble vida que llevaba o porque las pruebas contra él eran indefendibles, Dahmer se declaró culpable de diecisiete crímenes. La cuestión era que se declaraba culpable pero enajenado, mientras que la acusación buscaba una condena de culpabilidad sin enajenación. Dentro de las leyes de Wisconsin, donde no hay pena de muerte, la diferencia estribaba en que, si bien Dahmer no iba a volver a pisar la calle nunca más, su reclusión se llevaría a cabo en una institución mental si ganaba la defensa o, de lo contrario, en un centro penitenciario. Hay extensa bibliografía especializada que trata de dilucidar lo que es estar enajenado, loco, *no cuerdo*, pero desde el punto de vista judicial era sencillo: Dahmer tenía que demostrar que tenía una enfermedad mental que le impedía diferenciar el bien del mal. La defensa lo tenía muy complicado puesto que su defendido había dado muestras de saber perfectamente lo que hacía y sus implicaciones legales y morales; lo único que desconocía era de dónde provenía ese impulso. Así, por diez votos contra dos, fue declarado culpable sin enajenación. Era algo difícil de comprender dada la naturaleza de los crímenes de Dahmer; hasta el psicópata John Wayne Gacy, condenado a muerte por la violación y asesinato de treinta y tres muchachos y ejecutado



mediante inyección letal en 1994, dijo: «si Jeffrey Dahmer no ha superado el test legal de la enajenación mental, que Dios bendiga al que la supere. Si Jeffrey Dahmer no lo pasa, no lo pasa nadie». Le dijo la sartén al cazo.



*Dahmer durante una de las comparencias de su juicio.
Fotografía: Corbis*

8. No soy racista, de hecho muchas de mis víctimas no son negros

Dahmer se solía indignar cuando le llamaban racista porque la mayoría de sus víctimas eran negras. Quería dejar claro que no tenía nada contra los negros y si mató, violó, torturó, etc. a hombres de esta etnia fue simplemente porque eran los más numerosos en los bares de



ambiente donde se movía cuando su actividad asesina se desbocó. No confundamos las cosas, venía a decir: llamadme de todo pero racista no, por favor. Es más, su ideal de amante era «un hombre blanco bien desarrollado y complaciente». Y apostilla: «Habría preferido tenerlo vivo». Curiosamente, en la recurrente *El silencio de los corderos*, cuando el FBI elabora el perfil psicológico de Buffalo Bill, se dice que, como sus víctimas son blancas, el asesino es blanco «porque los asesinos reincidentes suelen matar dentro de su propio grupo étnico».

Pero dentro de la prisión la idea de que sus crímenes eran raciales había calado hondo. En agosto de 1994 fue atacado con un cuchillo por un grupo de presos negros aunque milagrosamente escapó con heridas leves. Pero cinco meses más tarde no tuvo tanta suerte: otro convicto afroamericano lo mató a golpes con una barra de hacer pesas, el mismo instrumento que Dahmer utilizó para su primer asesinato. Su cerebro se conservó en formol para su posterior estudio, como hacía el joven Jeff con los animales que encontraba muertos al lado de la carretera (aunque el cerebro fue incinerado por orden judicial tiempo después). Aquel 28 de noviembre de 1994 su historia quedó cerrada casi como empezó.

Para saber más

- *Mi amigo Dahmer* (Astiberri, 2014), de Derf Backderf. Cómic en el que se retratan los años de instituto de Dahmer desde los ojos del autor, que fue su compañero de clase y, en cierto modo, amigo. Es muy interesante ver la percepción que tenían de Dahmer en aquel tiempo tanto los estudiantes como los profesores. Deja claro que no fue el carro de la leña de todo el instituto y que ni siquiera fue el primer nombre que se le vino a Backderf a la cabeza cuando le dijeron que un compañero suyo era el carnicero de Milwaukee.
- *Dentro del monstruo. Un intento por comprender a los asesinos en serie* (Alba Editorial, 2010), de Robert K. Ressler y Tom Shachtman. Ressler fue agente del FBI durante veinte años dedicando gran parte de ellos a la Unidad de Ciencias del Comportamiento. De hecho, Ressler fue quien acuñó el término *asesino en serie* hoy en día de conocimiento popular. En este libro se recoge una amplia entrevista a Jeffrey Dahmer con motivo de una petición



de la defensa para que Ressler testificara durante el juicio, puesto que Ressler sostenía que una persona con los impulsos de Dahmer no debería ir a prisión, sino a un hospital psiquiátrico. La entrevista está sazonada con comentarios, apreciaciones y explicaciones de Ressler, que justifican el interés criminalístico de las preguntas y ponen en contexto las respuestas de Dahmer. Además de su labor policial, Ressler ha sido asesor, entre otros autores de ficción, de Thomas Harris, el creador de Hannibal Lecter.

- Entrevista a Jeffrey Dahmer por Stone Phillips, disponible en Youtube, la primera y última emitida en televisión. Dahmer, que ha ganado bastante peso tras dos años en prisión, se muestra tranquilo y reflexivo ante las preguntas. Es significativo que durante su cautiverio haya abrazado de nuevo la religión y culpe indirectamente a su época atea y a la teoría de la evolución de sus crímenes. La emisión aporta además las interesantes opiniones de sus padres.

(*) ¿No te lo vas a comer?